

LOJA EN LA ÉPOCA NASRÍ

LA antigua Ilipula Laus ¹ y actual Loja nos cautivó la primera vez que la vimos. Acaso fuera por lo estratégico de su situación, quizás por su impresionante serranía caliza, o bien por su peculiar carácter histórico y porque es un reflejo de vieja civilización urbana. Al penetrar en la parte más elevada de la ciudad, junto a la parroquia de San Gabriel, adivinamos la importancia de esta capital que fué clave del reino nasrī.

Levi-Provençal nos la describe en la *Enciclopedia del Islam* (edición de 1936 sub *Loja*) como un lugar de 20.000 habitantes, acaso más poblado en la época nasrī. Fué patria del célebre polígrafo andaluz Ibn al-Jatīb que nos habló de ella en forma entusiasta. Las ruinas de su alcazaba, que dominan a la ciudad, han resistido los embates del tiempo. La reconstrucción de Loja data del año 893 y se hizo bajo el emirato de 'Abd Allāh; su reconquista de 1488. Con estas escasas líneas y con un error respecto de la última fecha, se satisfizo hasta ahora la información arabista.

Anduvimos por la ciudad observándola detenidamente y advertimos el contraste entre su vivo ambiente histórico y la relación científica apenas existente. Sentimos el deseo de evocar la Loja nasrī conjugando las informaciones que pudieran ofrecer los textos árabes y los documentos castellanos y nuestra propia investigación "sur place".

* * *

1. Vid, Seybold, artículo *Ibn al-Jatib*, en la *Enciclopedia del Islam*.

Sí acudimos a las fuentes árabes, advertimos que tanto geógrafos como historiadores apenas si dedican unas cuantas líneas a la descripción de Loja, cuando no omiten su mención. He aquí la causa de lo breve del párrafo que el profesor Leví-Provençal le dedica en la *Enciclopedia del Islam*. Es posible sin embargo y mediante el estudio de los textos con un criterio de orden cronológico obtener una suma de noticias que hiciera posible un esbozo del cuadro que aún está por componer.

El primer literato árabe que cita a Loja es al-Idrīsī ² muerto en el año 1154. Diez antes de que ocurriera su óbito, se leía la jutba en Andalucía citando al emir de los almohades. Es evidente que en los disturbios ocurridos por aquel tiempo, Loja debió jugar un papel importante debido a su situación estratégica, que la convertía en llave natural de la fortaleza granadina. A pesar de ello, cuando al-Idrīsī la describe, se limita a considerarla como nudo de comunicaciones, diciéndonos que el camino de Loja a Granada alcanza 25 leguas siguiendo el curso del río. Cuando habla de la Cueva de los Siete Durmientes en el Asia Menor ³ evoca la memoria de los mártires de Loja, que honraron a la patria con su sangre y que, al decir de la gente, se encerraron en dicha Cueva. Hallamos aquí un cliché literario que habrán de reproducir otros escritores árabes: la Cueva de Loja equivale a la Cueva de los Siete Durmientes. Esto nos lo repetirá Abū Hamīd, muerto en 1169; Yā 'qūt, muerto en 1229; Qazwīnī, muerto en 1283; Himyārī y Qalqasandī muerto en 1418 ⁴. Resulta pues que la primera noticia que los escritores árabes nos dan acerca de Loja, tiene un carácter folklórico y por lo tanto un vago fudo histórico.

Ya'qūt nos proporciona alguna información sobre Loja, aparte de la que nos da al-Idrīsī. Es, dice, una buena medina, situada en el occidente de Ilbīra, algo apartada del camino de Córdoba, a veinte parasangas de esta ciudad y a diez de la de Granada.

El Bayān de Ibn Idārī, fuente histórica de alto valor informativo, nos informa de que en el año 893 y bajo el emirato del omeya 'Abd Allah y la administración directa de Idrīs ibn "Ubayd Allāh fué recons-

2. *Description de l'Espagne*, p. 204.

3. Vid. Simonet, *Descripción del reino de Granada*, p. 57.

4. Vid. Leví-Provençal, *La péninsule ibérique*, p. 97, nota 5; Qalqasandī. *Subh*, vol. V, p. 215.

5. *Mu'cham al-Budān*, vol. V, p. 370.

6. Vol. II, p. 204.

truída la fortaleza de Loja. Parece seguro que esta reconstrucción obedeció al propósito de presentar un dique contra los embates de las revueltas aguas que movía el famoso guerrillero español Ibn Hafsūn, ya que entre los años 903 y 904 ⁷ vemos que Loja sirve como puesto de amparo de las expediciones con que los emires cordobeses trataban de reprimir la rebeldía del citado guerrillero. Como puede advertirse, el engrandecimiento de la Loja musulmana fué una consecuencia de las ansias nacionalistas que durante el siglo X alentaron en la alta Andalucía.

Durante todo el califato y hasta la decadencia de los almorávides, apenas si sabemos algo de las vicisitudes por que atravesó esta ciudad. Ibn al-Abbār ⁸ muerto en 1260, alude a algunos de los intelectuales que, entre las dos épocas almoravide y almohade, y especialmente durante la última, florecieron en Loja, dando a su patria chica un puesto en el campo cultural árabe-andaluz. En Loja nacieron Muhammad ibn 'Abd al-Rahmān que fué alfaquí en Granada y murió en 1145; Muhammad ibn 'Isā al-Yhahsubī, que se distinguió en Córdoba como literato, muerto en 1163; 'Abd Allāh ibn Chabbīr, poeta muerto en 1124, 'Abd al-Wahhāb al-Safadī que de Córdoba se trasladó a Málaga y luego murió ejecutado en Sevilla durante los tumultuosos sucesos del año 1190. En fin, se nace en Loja se vive y estudia en Granada, Málaga o Sevilla y luego se muere en alguna de estas capitales. He aquí lo que nos cuenta Ibn al-Abbār con referencia a Loja durante la época almohade. Cuando está a punto de extinguirse ese imperio africano, Loja es escenario de un suceso que manifiesta la decadencia del poder islámico andaluz y constituye síntoma de la desintegración de la España musulmana: Fernando III se apodera de Loja en efímera conquista. Al-Himyārī ⁹ y al-Maqqarī ¹⁰ nos cuentan como Fernando, en colaboración con 'Abd Allāh al-Bayyāsī, gobernador de Jaén, rebelde contra su señor el almohade al-'Adil, que mandaba en Sevilla, ocupa Baeza en 1226 y luego cerca a Loja, cuyas fuertes murallas oponen obstinada resistencia. Cuando Fernando la conquista, es severo para sus habitantes. Este relato nos aporta la primera noticia de Loja ciudad amurallada prenasri.

Seis años después de esta efímera conquista, Loja queda incorporada en el postrer reino hispano-musulmán. No conocemos las vicisitu-

7. *Bayān*, vol. II, pp. 232 y 233.

8. *Takmilā* (ed. Códera), p. 177.

9. Lévi-Provençal, *La péninsule citada* (texto árabe), p. 57 ff, p. 173-4.

10. *Nafh*, vol. II, p. 760.

des por qué atravesó Loja hasta que en tiempos del quinto monarca nasrī, Abū-l-Walīd Ismā'īl, que reinó de 1314-1325, la ocupó este monarca, por considerarla lugar estratégico para las operaciones que en 1314, hubo de realizar contra quienes le disputaban el mando ¹¹. Un año antes, nace en dicha ciudad uno de los ingenios que contribuyeron al esplendor de la cultura islámica andaluza. Me refiero a Ibn al-Jatīb, eximio literato y último historiador de la España musulmana, que ejerció el cargo de ministro en tiempos de Muhammad V y que murió en Fez víctima de la lucha política.

Ibn al-Jatīb, algunas de cuyas obras descriptivas del reino granadino fueron dadas a conocer al mundo occidental por el arabista español D. Francisco Javier Simonet ¹², hizo de su ciudad natal una descripción entusiasta, usando el *sach'*, forma de expresión que emplea cuando se ocupa de las grandes capitales andaluzas. Para él, Loja es una ciudad de alegre aspecto, que causa admiración y provoca entusiasmo. Habla de las aguas de sus ríos, de sus jardines y de sus fuentes. Es algo más que un simple cumplido sujeto a los preceptos de una elocuencia refinada. Bajo las fórmulas poéticas se ocultan realidades, como los jardines y fuentes, que han sido descritos y festejados por literatos posteriores.

Ibn al-Jatīb agrega una relación en que alude a tierras de regadío, molinos volteadores, cotos de caza, vides con racimos de uvas "que parecen un adorno de perlas", minas de sal, molinos de aceite, cosechas de diversas y copiosas hortalizas... En contraste, nos habla de un núcleo urbano compuesto por callejuelas estrechas, sucias y empinadas, entre casas en ruinas, que se derrumban por la incuria de una constante ocupación fronteriza. Es éste un detalle histórico interesante, presentado bajo las vestiduras de alta retórica de paranomasias: "manāzilu-hā li-naza 'ili-l-chundi nāzila".

Los ojos del cristiano se extasían al contemplar sus bellos dientes, metáfora en que alude a la fortaleza: "li-tagri-ha al-sanībi mugāzila"; ejemplo típico de la costumbre árabe de sintetizar la información y la estética. Aquélla, que es la que nos importa, constituye la primera alusión a las condiciones naturales de Loja.

Al cuadro en que Ibn al-Jatīb nos muestra el rico centro agrario, añadirá Abū-l-Fidā una insignificante noticia sobre la existencia de

11. *Nafh*, trad. Gayangos, vol. II, p. 349.

12. *Descr. del reino de Granada*, texto árabe, p. 25.

huertas entre Loja y Granada ¹³; mientras que al-Maqqarī nos habla de minas de plata y de un extenso término salpicado por alquerías y castillos y abundante en arroyos y arboledas ¹⁴.

De la vida intelectual, sobre la que Ibn al-Jatīb nada nos dice, nos informará un tal Abū Ra's que a fines del siglo XVIII escribió una *Composición sobre España*, obra de la que descubrí un manuscrito en la Biblioteca General del Protectorado, en Tetuán ¹⁵, el cual nos refiere en tono burlesco la historia del Radī 'Abd Allāh de Loja y de sus mujeres. Acerca de ese Radī, que jugaba en Loja el papel de gracioso y a quien, por tal tenía todo el mundo, corría de boca en boca una cancioncilla, legítima copla andaluza, cuya versión castellana es:

Vive en Loja un Radī que tiene una mujer
cuyas sentencias se repiten entre vecinos.
¡Dios quisiera que no fuese Radī él!
¡Dios quisiera que fuese Radī ella!

He aquí un reflejo del ingenio e idiosincracia de los andaluces; su manera de caracterizar tipos y sucesos de barrios, en un sentido irónico familiar y he aquí el primer y breve contacto con lo que podríamos llamar el corazón de Loja.

Las cuatro palabras de Ibn al-Jatīb es todo lo escrito por los literatos árabes con referencia a la topografía de la ciudad. Su alusión a los peligros que amenazan a una villa fronteriza, parece evocar el último episodio de carácter bélico que había de tener lugar un siglo más tarde; porque el drama final es lo único bien conocido en la historia de Loja. Sabemos bastante de la infeliz jornada a las orillas del Río Frío en la que luchó 'Alī al-'Attār; de los preparativos de 1485 interrumpidos antes de llegar a su término y conocemos detalladamente el sitio y conquista de Loja, asaltada por los tres lugares en que era accesible, en 1486 por los Reyes Católicos.

Sobre los sucesos de 1482 nos proporcionan buena información los historiadores árabes al-Sajāwī ¹⁶ y al-Maqqarī ¹⁷; acerca de los de 1486 poseemos los testimonios de otro historiador contemporáneo, el anó-

13. *Taqwīm*, p. 168.

14. *Nafh*, vol. I, p. 94.

15. Manuscrito sin número, fol. 24 a.

16. Vid, Fognan, *Extraits inédits*, p. 280.

17. *Nafh*, vol. II, p. 802.

nimo autor de la crónica que por vez primera publicó Müller y más tarde Bustanī¹⁸, además de los del ya citado al-Maqqarī¹⁹.

Sin embargo, unos y otros textos nos proporcionan escasas noticias sobre la topografía de Loja. Sólo nos hablan de un arrabal y de alguna parte de las murallas que fueron destruidas por los cañones. Llegamos, pues, a los últimos textos árabes en que se cita a Loja y sólo sacamos en claro que la ciudad estaba rodeada de murallas y tenía un arrabal, que sus calles eran estrechas y sucias, que disfrutaba de una vega de huertas, viñedos y olivares, que su término estaba salpicado de alquerías, castillos y arboledas y que se beneficiaban minas de plata y salinas.

Las referencias históricas que han llegado hasta nosotros revisten mucho más interés para el estudio de la política interna del Estado granadino y nos explican las verdaderas razones que originaron el abandono de Loja. El defensor de la ciudad, Abū 'Abd Allāh (Boabdil), ocupa frente a su tío y a la sazón señor, el otro Abū 'Abd Allāh (al-Zagal), una posición dudosa. Su conducta hizo pensar a los granadinos en que el sitio de Loja constituyó un peligro fingido y fué en realidad un medio para hacer salir a sus tropas de la capital del reino. Por otra parte, los habitantes de Loja percibieron la traición y sospecharon la relación que el defensor de la ciudad mantenía secretamente con Castilla.

Examinemos ahora las fuentes castellanas contemporáneas e inmediatamente posteriores a la conquista de Loja para tratar de reconstruir el plano de la ciudad nasrī. Son la *Crónica* de Pulgar, testigo ocular de la conquista; los *Anales* que Jorquera escribió en 1656, y la *Crónica* de un tal Abolafia, cuyo conocimiento debo al *Diccionario* de Muñoz y Romero, en el que se alude a un manuscrito que contiene una historia de Loja escrita por Felipe Abolafia, que el citado Muñoz y Romero no llegó a conocer, según declara en su obra.

He tenido la suerte de hallar este manuscrito en la biblioteca de un amigo lojeño. Sabemos que es el convento de San Francisco hubo una copia hecha hacia el 1755 sobre una crónica de 1684, pero esta copia ha desaparecido.

Recopilando el contenido de las obras antes citadas y dos testimonios iconográficos: un tablero de la catedral de Toledo y el precioso dibujo de Haoefnazle hecho hacia 1564 e inserto en *Civitas Orbis Terrarum*, es posible acometer la descripción de la Loja nasrī.

18. Vid A. Bustani, *Capitulación de Granada*, pp. 20 y 21.

19. *Naft*, vol. II, p. 805.

20. Muñoz y Romero, p. 154.

Los *Anales* de Jorquera nos dibujan los alrededores de la ciudad en forma análoga a la de Ibn al-Jatīb, aunque algo más pormenorizada: hablan de huertas y de jardines que dan copiosos frutos y en particular de sus famosas uvas. Cada fanega de su campiña, sembrada de trigo, produce algunos años más de cincuenta. Su cosecha de aceite y vino es abundante, y también la cría de sus ganados. Se produce seda, cáñamo y lino y se fabrican paños. Loja es famosa sobre todo por la abundancia de sus aguas, cuyos manantiales enumera con proli.idad Abolafia. En la denominación de algunos de ellos se mantiene la toponimia árabe.

Una fuente dió el nombre de Alfaguara al barrio occidental de la ciudad. Se recuerda la "fuente de la salud", cuyas aguas eran conducidas por una tajea y de ellos se servían los moros. La "fuente santa" se llamaba así porque los moros, al bañares en sus aguas, curaban todas sus enfermedades. Alcanzó tanta celebridad que de Africa venían para buscar remedio en ella. Otra fuente situada al oeste de Loja, en la umbría del Tajo de las Carreras, fué también famosa y venerada por los moros a causa de sus cualidades curativas. Cuentan que junto a ella hay una cueva que contiene un tesoro encantado. Versión relativamente moderna y algo adulterada de la Leyenda de los Siete Durmientes, que de tanta popularidad gozó entre los escritores árabes y cuya acción debemos localizar en esta cueva.

No olvidemos, en fin, el famoso estanque existente junto a la plaza Mayor, del que manaban más de doscientos caños, y que fué motivo de inspiración para aquella copla que se cantaba en el siglo XVII:

"Si Motril tuviera fuentes
como Loja y su comarca.
no tuviera el rey tal villa
ni tal ciudad en España" ²².

En las afueras de la ciudad y en dirección a Occidente se elevaba el santuario de Sīdī Abū-l-Hasan, cuyo recuerdo persistía en el nombre de cuesta o aceca (es decir, camino) de Sant Alboacen, que después llegó a ser de San Cristóbal. Por la parte Norte, Loja se extendía hasta el alto valle del Genil, cuyo puente conducía a la sierra de Cámara, que hoy se llama del Hacho, y a cuyo pie se fundó más tarde el arrabal de San Francisco. Por Oriente y a cuatrocientos pasos de extramuros, don-

21. Ed. A. Marín Ocete (1934), pp. 108 y 109.

22. Jorquera, apud ed. citada supra, pp. 108 y 109.

de se edificó en 1559 el convento de la Victoria, estaba situado el cementerio, en el lugar que se llamaba, después de la Reconquista, Macabrán, palabra que recuerda la árabe Maqābir. A Mediodía, alcanzaba Loja los primeros peñascales de su sierra hasta el actual callejón Alto, quedando fuera de su recinto lo que fué después el barrio de Santa Catalina. La Loja nassī alcanzó una extensión y tuvo unos límites análogos a los de la moderna Loja ²³.

El recinto amurallado cubría los barrios situados alrededor de la Alcazaba: el del Jaufin al Norte, el de la Alfaguara al Oeste y los arrabales del Sur y del Este, cuyos nombres ignoramos. Este conjunto, con sus sesenta torres y once puertas, constituía una típica plaza fuerte nassī y representaba dignamente a la arquitectura militar hispanomusulmana. Sin embargo, los cañones del sitiador hicieron mella en sus muros y fué necesario que los albañiles "reparasen lo que las lombardas habían derribado". Conquistada la plaza, los cristianos hubieron de dedicar la mitad de los cien mil maravedís de renta a la reparación de las murallas. En 1539, "adarves, murallas y torres estaban muy arruinadas y la mayor parte de ello caído" ²⁴.

Madoz cita entre las fortificaciones exteriores que subsistían en su tiempo, el castillo de Zagra, situado a extramuros de la ciudad. La disposición de las murallas de Loja, hoy totalmente desaparecidas, era, como sabemos por algunos textos y aparece en el famoso tablero de la catedral de Toledo, de murallas y barbacana o barrera, llamada también acitara. Entre la muralla y la barbacana estaba el adarve o camino de ronda. Se presentaba, pues, Loja con fortificación de doble defensa, a la costumbre bizantina y como lo estaban otras ciudades andaluzas, tales como Valencia y Sevilla ²⁵.

A Levante se abría la puerta de Alhama, en la que hoy se denomina calle Real y que después de la conquista se llamó Arquillo de la Carrera. Se derrumbó en 1640. Por ella entraron los soldados del Rey Católico, apoderándose del arrabal, siguiendo después en su asalto hasta lo que hoy es Iglesia Mayor y subiendo seguidamente las Peñuelas de la Alcazaba. Enfrente del ángulo oriental de ésta se abría la puerta de la Carnicería, por la que tuvo acceso el solemne acompañamiento de las Majestades en el día que Loja fué cristiana. A la parte meridio-

23. Vid, por estos detalles la crónica de Abolafia.

24. Vid, para los últimos detalles Alcocer Martínez, *Castillos y fortalezas*, p. 34.

25. *Al-Andalus XVI* (1951), 454 ff.

nal, en el arrabal del Jaufin, que abarcaba el núcleo urbano contiguo a la Carnicería, entre la muralla y la Alcazaba, estaba la puerta de Granada, a la que los conquistadores debieron conceder mucha importancia, puesto que la dieron un alcaide para su conservación. Es la única puerta de la que, vista desde el norte, el dibujo de Hosfnagle, hecho hacia 1564, nos da una vaga idea. A esta puerta daba el acceso el Puente del Genil. Por aquí entraron las tropas de la Reina. Entre éstas y la del Rey, por uno y otro lado, quedó sitiada la Alcazaba. Por occidente, confinaba el Jaufin con la puerta del Agua, llamada así porque por ella salía el agua de la Fuente de la Salud. Esta puerta, con su baluarte, estaba derruida en 1684, a pesar de su importancia, que acredita la creación de otro oficio de alcaide después de la Reconquista.

Este sector, que asaltó un tercer grupo de fuerzas, fué muy batido por la artillería, que produjo gran estrago en el muro de la propia puerta, destruyendo más de doscientas casas de aquel arrabal.

Encontramos además, en las fuentes literarias, los nombres de puerta Nueva, puerta (o sea torre) del Homenaje y puertas de la Alcazaba, que daban acceso al conjunto fortificado de la Alcazaba, cuyos muros, torres, alcázar (con fragmento de inscripción cúfica) y aljibe han resistido, aunque lamentablemente, los achaques del tiempo. La circunferencia sobre un montículo de piedra, en el centro de la ciudad, muestra las once torres mencionadas por Jorquera y dibujadas por Hoefnagle hacia 1564. Domina, desde occidente, su baluarte o torre exagonal, que convirtió en reloj don Alvaro de Junca, llamada "torre ochavada" en el siglo XVII; ejemplo aún hoy impresionante, sobre todo visto desde la Alfaguara, de la fortificación hispano-árabe en forma exagonal. Servía de reloj, en el siglo XVII, la torre del Homenaje de la Alcazaba, donde ante la vista de los ejércitos sitiadores, celebraron los Reyes Católicos la entrega de la plaza ²⁷.

El Alcázar, edificio rectangular, hoy sin otro adorno que un trozo de inscripción cúfica que se conserva debajo de un arco que debió servir de entrada, da al occidente con un subterráneo, también rectangular, cuyos seis arcos, en dos filas, se han conservado. En el Alcázar se alojaron los Reyes Católicos, que aquí comieron y descansaron. A pesar de varias rentas concedidas para que con ellas se atendiese a la conservación del edificio, éste estaba caído y malparado ya, por muchas partes, en 1529; hasta tal extremo, que no tenía alcaide, ni teniente, ni había

26. Vid, para estos detalles la crónica de Abolafia.

27. Vid, para los últimos detalles la crónica de Abolafia.

donde poder habitar ²⁸. Hoy sólo quedan gruesas murallas completamente desnudas, abrigo de algunos pobres de la ciudad.

Sus Majestades, después de la ceremonia acostumbrada en la conquista de grandes ciudades, erigieron en iglesia, bajo la advocación de la Santa Cruz de Jerusalén, una mezquita contigua a la puerta del Alcázar; y no siendo aquélla suficiente para las necesidades del culto del barrio de la Alcazaba, consagraron, un día después, la mezquita del barrio del Jaufin, en cuyo solar fué erigida, en 1490, la iglesia de San Gabriel el Viejo, convertida en 1508 en la parroquia de San Gabriel, que hoy vemos magnífica y suntuosa en el barrio del Puente. La mezquita del Jaufin duró como edificio hasta 1496. No corrió la misma suerte la Mezquita Mayor de la ciudad, situada al sur de la Alcazaba. Los árabes sabían, por tradición, que anteriormente su templo principal fué una iglesia visigoda. Durante el último sitio de la ciudad había recibido algunos golpes de artillería, y teniendo en los ojos del conquistador "muy mala forma", de edificio "muy subterráneo", fué demolido luego, a fin de dar lugar a la actual Iglesia Mayor de Santa María, que no fué, sin embargo, edificada hasta 1518 ²⁹. "Fundáronse —dice Pulgar ³⁰— en dos mezquitas dos iglesias: la una... Santa María... e la otra a la advocación de Santiago"; es decir, que "Santiago" fué el nombre que se dió a la mezquita convertida en iglesia antes de la inauguración de San Gabriel el Viejo en 1496. Vinieron a fundar convento en el lugar de Macabrán los Mínimos de la Victoria, en 1559. No mencionaremos aquí la construcción de otras iglesias, conventos, hospitales y edificios públicos durante los siglos XVI y XVII, que han dado su aspecto definitivo a la Loja castellana. Pero citaremos, para dar vida a esta relación de muros, torres, puertas y mezquitas, algunas palabras del cronista de 1684: "El aférez mayor del castillo levantó, el estandarte real diciendo "Castilla por Don Fernando y doña Isabel" y a esta acción y palabras se inclinaron los ejércitos dichosos y triunfantes a grandes gritos y estruenda artillería y música".

Primeramente hemos intentado esbozar una síntesis de las condiciones naturales de Loja, basándonos en fuentes árabes; luego las crónicas castellanas nos han permitido apreciar en sus rasgos fundamentales la topografía de la ciudad, sobre la que los árabes nada dicen. Nos falta ahora entrar en las mismas calles de la Loja *nasrī*, observar la locali-

28. Vid. Alcocer Martínez, o. c., pp. 34 a 37.

29. Vid. para estos detalles Abolafia.

30. *Crónica* (ed. 1943), vol. II, p. 227.

dad desde más cerca, estudiando algunos aspectos topo-demográficos de la capital y de sus contornos.

Para esto disponemos de una preciosa fuente en el *Libro de Repartimientos de Loja* (1486-89), que encontré en dos manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid ³¹, y otro tercero que posee el Ayuntamiento de Loja. El mismo Ayuntamiento conserva en el *Libro del Cabildo* la visita de los términos de Loja desde 1543 hasta 1559.

Cabe acudir a otras fuentes suplementarias: La descripción latina del dibujo de Hoefnagle no agrega mucho a los materiales que proporciona Ibn al-Jatib. Una cédula real sobre Loja, dada en 1592, fué publicada por Alcocer Martínez en *Castillos y Fortalezas*. Nos informa del crecimiento de la población, la Geografía Blaviana (1672). La Casa de los Tiros de Granada conserva el *Vecindario de Loja* (1753). El viajero Swinburne ³² llama a Loja, en 1775, "una ciudad grande". Da los datos precisos de 1874 el muy útil Madoz. Para los tiempos más modernos recurriremos a la *Enciclopedia Universal Ilustrada*.

Es evidente que la más clara noción de lo que fué una ciudad nashí nos la proporcionan sus repartidores. El *Libro del Repartimiento de Loja* constituye la más vieja evocación de un vecindario granadino.

Registra este libro, alfabéticamente, los vecinos de los tres barrios de la Alcazaba, el Jaufin y el Arrabal; el repartimiento de casas, viñas, huertas, sequero, regadío y olivares; así como las cédulas reales referentes a todo ello. Las indicaciones tienen un alto valor documental para el estudio de la ciudad y de su población durante el último año de su vida nashí.

Dentro del amurallado barrio de la Alcazaba, apenas habitado hoy, se encontraban al tiempo de la reconquista, además del Alcázar y su aljibe y de la mezquita-iglesia de Santa Cruz, los edificios más importantes de la ciudad. Ya en 1489 se habían caído algunas casas y se abría un gran solar de terreno vacío.; otras casas destinadas al principio para el Obispo de Málaga, caídas después, se hallaban reconstruidas ya el mismo año y convertidas en "cillas de pan". Tenía el barrio su propio horno (*furn*), por cierto muy parecido al actual *ferran* de los barrios tetuaníes, donde dan a cocer varios centenares de panes diarios tanto panaderías como particulares. Destacaba como edificio religioso, además de la mezquita del Alcázar o iglesia de Santa Cruz, otra mezquita

31. Números 744 y 3.328.

32. *Voyage de H. Swinburne en Espagne*, (Paris 1787), p. 262.

que se donó el vecino Páez. Las casas de otros cuatro vecinos daban al adarve (*darb*).

Torres Balbás ³³, en su artículo *Adarves*, analiza los varios sentidos y funciones de este "darb", que significa "muro" o "muralla", y que entraña un sentido de protección desde el siglo XIII hasta fines del XVI. Era un paso entre el muro y el antemuro. También puede aludir a una parte cerrada de la ciudad, calle que se cierra o corral. El citado arqueólogo señala la existencia de adarves en el reino *nasrī* con sus dos significados: el castrense y el urbano. El adarve, en el repartimiento de Loja, se entiende, como se deduce de la expresión "unas casas que están sobre el adarbe" en el barrio de Jaufin, por muro de fortificación.

Había en el barrio de Alcazaba una "calle cobertizo". Hablan mucho las ordenanzas medievales de calles cubiertas en las ciudades hispano-musulmanas; la Plaza Mayor de Loja ofrece un ejemplo de construcción más moderna sobre el cobertizo árabe. Generalmente el cobertizo soportaba la cámara alta *gorfa* o *masriya*. Estos últimos términos significan también "cámara alta" con escalera independiente de acceso desde la calle, o sea la almacería típica que se conserva actualmente en Tetuán.

"Abundan —dice Torres Balbás ³⁴—, las almacerías en la Granada *nasrī* y en los tiempos inmediatamente posteriores a su conquista por los Reyes Católicos". Ahora constatamos que en el repartimiento de Loja, especialmente en su barrio de la Alcazaba, también se cita esta conocida institución cuando un tal vecino recibe como suyos "una cámara y un corral". Ambos forman partes de la descripción de la casa de Loja no sólo de las de la Alcazaba sino de las de cualquier otro barrio.

Al trasladarnos al barrio de Jaufin, observamos las mismas citas de *adarbe* (mencionado cinco veces), cámara, cobertizo y corral. Encontramos por ejemplo "casa de cobertizo que están sobre el adarbe", "el horno con el cobertizo de encima de la callejuela". De "callejas" y "callejuelas" se titulan las que forman la red irregular del plano urbano. Una, aparece con el nombre de "la Puerta de Jaufin". No sé si tal puerta es distinta de la importante puerta llamada "de Granada" en el Jaufin. Casas y tiendas conducían hasta la mezquita; es decir la mezquita del Jaufin, demolida siete años más tarde, en 1496. Existía en el barrio una "ba-

33. *Al-Andalus* XII (1947), p. 164.

34. Artículo "Almacerías": *Al-Andalus*, XV (1950), p. 180.

rreruela" que por ser calificada de "honda" no es posible identificar, como de costumbre, con el adarve en el sentido de "antemuro" sino en el sentido de "foso". Existía, además, el molino de aceite, la casa "del aceituna" y el pilar del Jaufin. Cierta vecino recibe una casilla "que está caída porque la repare y sea suya"; a otro dan "más casas caídas"; a otros una casa o casilla caída, es decir que los daños causados por el sitio se dejaban sentir tanto en el Jaufin como en la Alcazaba.

Y cuando miramos hacia el tercer barrio del Arrabal, encontramos al lado de su cerca la cueva que hospedaba la vieja Carnicería. Tenía el barrio una "puerta de Archidona", opuesta ciertamente a las citadas puertas de Alhama y de la Carnicería. Hallamos los nombres de Calle Real junto al adarve de la Alcazaba y Calleja del horno, conservados hasta hoy. La nomenclatura de las calles aparece completa en el Vecindario de 1753, desde el cual pocos nombres han sido cambiados, como la calle de los Bodegones y la Paza Nueva llamadas actualmente "Duque de Valencia" y "Joaquín Costa". Los nombres viejos como "Bodegones", "Alhóndiga", "Azeitería", "Cuesta de la Alcazaba", "Casa del Algibe", "Calle Jaufin", etc., recuerdan los tiempos nasrīes y la urbanización castellana realizada inmediatamente después.

De los tiempos nasrīes data la angostura de las calles de estos barrios, a que aludieron Pulgar e Ibn al-Jatīb. Datan también el Horno del Alcaide de Zagra y los Baños atestiguados por los repartidores. Estos mismos nos informan sobre los comienzos de la urbanización castellana inmediatamente después de la reconquista. El Arrabal, en 1489 está ornándose de la "casa nueva del rincón" de "una casa nueva tejada" y de otra "casa nueva". Además están construyéndose en ciertos solares nuevos edificios ese mismo año. En cuanto a la administración que ocupaba cuarteles especiales, la Casa del Consejo, en la Plaza, etcétera; queda fuera de nuestro tema. A nosotros nos importa observar el estado transitorio entre las épocas nasrī y castellana siendo la deducción el único medio para llegar a una idea de lo que fué la Loja nasrī por el número de sus casas y habitantes.

Es posible redactar su ensayo demográfico sobre Loja desde su repartición. De los 454 vecinos que en 1489 según el fuero de Córdoba repoblaron Loja, 41 recibieron casas en la Alcazaba, 225 en el Arrabal y 191 en el Jaufin. Generalmente se trataba de varias casas, dos o tres, de manera que la ciudad hubiera contado unas 1.200 casas disponibles. Hay que recordar además, varias casas indisponibles en los tres barrios cuyo número llegó a más de doscientas en la Alfaguara. Así admitire-

mos unas 1.500 casas para la Loja nasrī. Los quinientos vecinos originales tenían que habitar las casas distribuidas entre ellos con sus familias. En 1672 la *Geografía Blaviana* nos habla de 1.400 vecinos en una ciudad que, además de sus barrios de Santa María y San Gabriel, contaba con otra tercera parroquia, la de Santa Catalina y con su barrio, y además con los barrios del Puente y de San Francisco.

En 1793 la ciudad albergaba 9.252 personas seculares; en 1847 a 14.957 almas, o sea 3.293 vecinos en 2.108 casas. La estadística actual nos habla de unas 20.000 almas en 2.508 casas. La Loja nasrī hubiera llegado aproximadamente a la mitad de estas últimas cifras, o sea a una población análoga a la del siglo XVIII. Sé que esto parece algo modesto y no corresponde al gusto de la exageración romántica en favor del último reino hispanomusulmán; pero tenemos que seguir nuestras fuentes paso a paso y creo que el examen análogo de los otros repartimientos daría resultados parecidos. La importancia de Loja nasrī no se fundaba en el número de sus habitantes, sino en su calidad como puesto militar y amparo de una célebre capital de la que era el lugar de recreo gracias a su natural belleza. "Los moros" dice Abolafia, "eran aquí muy guerreros y muy principales de los mayores caballeros de Granada que por cualquier accidente leve los desterraban a esta fortaleza o presidio... asistían aquí muchos ricos y poderosos que aunque eran de Granada, tenían aquí sus haciendas".

Aludiremos a un problema final: el problema del distrito agrario integrado en la municipalidad. Para proceder al repartimiento de Loja, tenían sus repartidores que fijar los mojones municipales, haciendo venir, con permiso del rey nasrī, cinco o seis musulmanes de Granada que indicaban los términos exactamente como fueron en tiempo nasrī, confinando con Alhama, Montefría, Priego, Iznájar, Archidona y Saliha. No sólo se conserva la explicación detallada de estos granadinos, sino también la visita o revisión que en el siglo XVI fué hecha a los mojones con que ellos marcaron las lindes. Lo que quiere decir que la municipalidad castellana de Loja fué sustancialmente la municipalidad nasrī. Abundan los datos referidos en interesantes adiciones toponímicas; se trata de una nomenclatura geográfica, a veces bilingüe, árabe-castellana, que muestra la manera como se explicaban los dichos granadinos, nomenclatura desaarecida o envejecida muchas veces. Cito —sin entrar en más detalles— el "almadique que quiere decir el angostura" y el "Agar Ataleus que quiere decir el atalía del allocar", ambos en las lindes de Iznájar.

Una vez determinada la municipalidad, los repartidores, con la ayuda de medidores, se daban cuenta del terreno por distribuir en fanegadas o aranzadas, según la especie de tierra sembrada por un lado, y de viñas y huertas por otro. Si consideramos la suma total de lo repartido en una división que caracteriza las culturas de la periferia ibérica, encontramos que la municipalidad nasrī de Loja disponía de 3.332 fanegadas de tierra de regadío, de 18.692 fanegadas de secano de 300 alanzadas de viñas y huertas como de olivares con 4.328 árboles. No entran en esta cuenta las regiones de Zafaiona, Fahs Ayun o sea "campo de fuentes" y del campo Anazor o sea de la Victoria o de Nasr, nombre propio. Las cifras nos permiten comprender el sentido exacto de las vagas indicaciones árabes sobre Loja y su riqueza natural, que dábamos a conocer al principio de nuestro pequeño resumen.

Frente a la seca brevedad y el dato escueto de las fuentes árabes, que se satisfacen con generalidades geográfico-culturales al informarnos de esta ciudad nasrī, las preciosas crónicas y las estadísticas de sus conquistadores castellanos han hecho posible esbozar el aspecto que presentaba cuando dejó de pertenecer al Islam. Vale le pena insistir en el alto valor documental que revisten los Libros de Repartimientos que, por fortuna, se conservan en Archivos y Bibliotecas nacionales y especialmente en los Ayuntamientos andaluces, libros de suma utilidad para el estudio de la topodemografía del reino granadino.

Creemos que algún día será posible renovar la historiografía de los nasrīes acudiendo a esas fuentes tan sabiamente utilizadas ya por arqueólogos e historiadores españoles como Torres Balbás y Seco de Lucena. Ello justifica que nos hayamos inclinado a trazar el cuadro que precede, evocando una ciudad nasrī que no tiene otra gloria que la de estar vinculada a esta España, mitad árabe, mitad castellanana, a esta España a la que tanto amamos y que tan rica es en nobleza y tradiciones.

W. Hoenerbach